

MEDALLON EXTREMEÑO

Eladia Montesino.

Sus rasgos personales en silueta
quiero trazar en trozos de boceto,
mas es su imagen para mí un secreto;
nunca me la mostró la vida inquieta.

Pero conozco su alma de poeta
reflejada en romance y en cuarteto;
allí, su trazo es ideal, completo,
y su figura espiritual, concreta.

Reclama para fondo su figura
la salita y el cesto de costura;
de sus hijos la loca algarabía...

Alguna vez, su alma, vuela...sube...
y en el borde rosado de una nube
se satura de azul y de poesía...

BAGATELAS

LOS QUE SE TIRAN AL RUEDO

PARA que no sea tan completo el vagar —que la permanencia en Madrid durante este verano me priva de mi cura de mar y necesario descanso— he pensado dedicar a quienes tengan la paciencia de leerme unas bagatelas intrascendentes, que a ellos puedan hacerles menos tediosos los rigores estivales y más llevaderas a mi, las añoranzas de la playa.

Sea la primera divagación esta de título o subtítulo taurino que me sugiere un artículo recientemente leído y que reverdece de seguro cualquier otro de los que por esta época se hallan en cualquier publicación periodística o radiofónica, en sustitución de la manida y trasnochada «Serpiente de mar», recurso veraniego en diarios y publicaciones de antaño.

Raro es el español que, presenciando una corrida o asistiendo a una representación teatral, no se ha dicho para su capote: Esto es facilísimo y yo lo ejecuto tan bien o mejor que ese que está en el escenario o en el redondel. Claro es, que en el último de los supuestos del vanidoso espectador, suele venir el bálsamo de la reflexión que, si bien priva al arte de Cúchares de una de sus brillantes estrellas, ahorra en cambio al soñador un buen golpe de pesetas que hubiera tenido que invertir en árnica, esparadrapos y vendajes. El actor en agraz, si encuentra un hueco se irá deslizando hacia las candilejas día a día hasta que al fin logra, entre anuncios y propagandas, realizar su atrevido pensamiento y cosechar unos aplausos de un grupito de amigos y parientes que ensalzan la *ingente* labor del maravilloso debutante, no del todo convencidos de que *aquello* sea arte ni se le parezca.

En el mejor de los casos —mejor para el osado y peor para los pacientes espectadores—, el improvisado artista de mi ejemplo pasa tres o cuatro años haciendo bolos y mal viviendo para, al cabo, cuando ya casi desilusionado y por razón natural de bajas y exclusiones en su oficio, se llega a soportarlo sin pena. Ponga cada lector aquí el nombre que se le está ocurriendo y que Dios perdone a los organizadores de concursos proveedores de maravillas artísticas. Cuando al correr del tiempo la historia discrimine méritos; y algún crítico publique la biografía de celebridades que ya estarán para él en el pasado, tal vez en un arranque de sinceridad se exprese el biografiado en estos o parecidos términos:

¿Cuáles fueron sus comienzos señora o señor Martínez, en el arte que cultiva con tan relevante brillantez?—Es muy sencillo señor; yo no seguí como hubiera deseado y parecía natural, el camino de un Conservatorio o escuela de declamación en que aprender a decir, a colocarme en escena, accionar, componer el rostro según los sentimientos que debía expresar, según la situación imaginada por el au-